

«CONCIERTO EXTRAORDINARIO»

Nunca más justificada la calificación: «Concierto extraordinario.» La Banda Municipal de Madrid recibía, en el Retiro, detalle sensible de mantener su fondo habitual, la medalla de oro de las Bellas Artes. En torno al entrañable quiosco, enmarcado por árboles con hojas de oro, en la resplandeciente mañana otoñal, vecina —¡ay!— la ruidosa motorización, los fieles de siempre, sus propios jubilados. En la tribuna de honor, las autoridades e invitados.

Aquéllas, en el descanso del programa, subieron al quiosco, para proceder a la imposición solemne, quizá nunca más justificada por méritos de arte, de historia, de siembra cultural a un pueblo. Habló, con palabra emotiva y para entregar una inscripción valiosa, Antonio Horcajo, presidente de la Junta del Retiro. Leyó el decreto Miguel Alonso Baquer, director general del Patrimonio Artístico y Cultural, y Miguel Angel García-Lomas, alcalde de Madrid, recogió sus impresiones en documentadas cuartillas. Cruz Martínez Esteruelas, con un ceñido y precioso discurso, puso la coda insuperable. Cuando se procedió a colocar la medalla, tan bien ganada, en el estandarte de la Banda, los aplausos tuvieron intensidad máxima.

¿Y el concierto? Fue una delicia. Rodrigo A. de Santiago, que lo dirigió con precisión, soltura y buen estilo, no exento de gracia madrileñista, tuvo un perfecto sentido constructivo: con la «Sinfonía del Nuevo Mundo»: lírica, directa, colorista, la «Canción de la maja», en debido recuerdo al gran predecesor, el pequeño gran hombre que fue Ricardo Villa; fantasías de «Agua, azucarillos y aguardiente» y «El barberillo de Lavapiés»: el «no va más» del garbo y el casticismo inspirado.—A. F.-C.